

EL MIEDO EN LA ESTRUCTURACIÓN DEL ESPACIO URBANO EN BOGOTÁ

Es innegable que la ciudad de Bogotá ha cambiado para bien en la última década y que las políticas impulsadas para su transformación social y cultural la han hecho digna merecedora del prestigioso premio León de Oro que le fue otorgado en la décima edición de la Bienal de arquitectura de Venecia. Las reflexiones que aquí presento, sin embargo, no se centran en la luminosidad del cuadro sino en sus sombras: la privatización del espacio público, el miedo y las desigualdades.

La seguridad: objetivo primordial de las clases pudientes

El miedo siempre ha sido un factor decisivo en el ordenamiento de los asentamientos humanos. Desde la configuración circular de los primeros poblados hasta la abstracción del vallado (algunas veces físico) constituido por las fronteras, pasando por las murallas medievales, los seres humanos han utilizado elementos de cerramiento para protegerse de depredadores animales y de su misma especie. El patrón circular en la distribución del espacio —que sin duda también responde a requerimientos de identidad y socialización— tiene como finalidad primigenia engarzar a los habitantes que integran el asentamiento para responder al unísono a las amenazas provenientes de fuera. A medida que el grupo crece y se distribuyen oficios y responsabilidades, entre ellos el militar, el círculo se amplía dando lugar a la aparición en su interior de ejes que facilitan los desplazamientos dentro de ese espacio protegido y hacia el exterior. Las ciudades surgen a partir de ese concepto. En la Edad media, bajo la protección de las murallas y el creciente poder militar, los ejes lineales se utilizaron como vías de comunicación e intercambio de bienes e información y a lo largo de ellos se establecieron viviendas, comercios e industrias.

Como muchas otras ciudades, Bogotá fue hasta la mitad de los años 70 del siglo XX, grosso modo, un paradigma ampliado y modernizado de ese modelo. A partir de entonces, con el aumento de las desigualdades, la consecuente criminalidad y la falta de protección por parte del Estado, la calle empezó a perder protagonismo como escenario de las relaciones comunitarias, generando un cambio drástico en la configuración del espacio urbano. Las clases de ingresos medios-altos y altos fueron trasladándose

paulatinamente hacia el norte de la ciudad, donde se han atrincherado en conjuntos residenciales cerrados, separados del tejido urbano mediante muros y puestos de vigilancia privados. Su afán de seguridad les ha conducido a la reclusión, en jaulitas de oro, pero jaulas al fin y al cabo.

Estos recintos cerrados ocupan por lo general amplias extensiones de terreno con equipamientos deportivos y sociales que hacen innecesaria la aventura riesgosa de frecuentar plazas y parques, espacios públicos que, en los últimos años, la administración de la ciudad se ha esforzado en potenciar para fomentar el encuentro de las personas y mejorar, en general, su calidad de vida.

Opulencia frente a pobreza

El lujo y el cuidado diseño de las jaulitas de oro contrastan con la pobreza en que habita la mayor parte de la población. Los extremos no pocas veces se tocan: aquí, en un cerro con vistas privilegiadas sobre la ciudad se levanta orgulloso un complejo residencial fortificado, con tendido de fibra óptica para las conexiones a Internet, extensas zonas verdes equipadas con piscina climatizada, canchas de *squash*, gimnasio, salón comunitario, área de juegos infantiles...; allá, en el cerro colindante, se extiende un populoso barrio de invasión carente de alcantarillado y demás servicios básicos y, por supuesto, sin fibra óptica. Uno tiene la sensación de estar contemplando una versión postmoderna del *western* americano, con conjuntos residenciales cerrados en lugar de fuertes; burgueses en lugar de colonos y aventureros ingleses; barrios de invasión en lugar de asentamientos indígenas, y desplazados de la violencia y otros indigentes en lugar de Apaches o Cherokees.

Seguridad a cambio de libertad

Las urbanizaciones de la burguesía se conectan mediante vías rápidas a grandes y atractivos centros comerciales que ofrecen una amplia gama de servicios y productos adecuados a un particular estilo de vida (por ejemplo, en sus salas multicines se exhiben películas comerciales *made in Hollywood* y en sus tiendas de ropa se pueden encontrar las marcas de moda internacionales más conocidas). El diseño arquitectónico de estos templos del consumo está igualmente condicionado por el miedo. A diferencia de sus homólogos europeos, que disponen de escaparates exteriores para atraer la atención de los viandantes, éstos se vuelcan por completo hacia el interior. La seguridad que proyectan sus muros, cámaras de vigilancia y guardias privados, sumada a la mencionada variedad de la oferta, hacen que sus clientes los utilicen no solamente para la adquisición de mercaderías sino también como lugares de ocio, paseo y socialización. Esta renuncia a buenas dosis de intimidad —bolsos y paquetes son registrados a la entrada y los circuitos de vigilancia controlan omnipresentes todos los espacios,

incluidos accesos y aparcamientos— conlleva otra no menos importante: la renuncia al disfrute de la luz del sol y el aire libre.

La tendencia al enclaustramiento, que afortunadamente comienza a entrar en retroceso, fragmenta el espacio urbano y convierte la calle en un mero lugar de tránsito en coche o transporte público. De la calzada al cercado. Los parques son temidos. Si alguien se aventura en ellos, habitualmente es para atajar camino a paso rápido. Por esta razón y a pesar de la frecuente belleza de su arquitectura y la frondosidad del paisaje, los vastos sectores del norte de la ciudad tienen, paradójicamente, un aspecto desolado que revierte en un aumento de la percepción de inseguridad. Al estar comercios y viviendas volcados al interior, las calles quedan desprovistas de los ojos tutelares del vecindario. La gran incidencia de la *guetización* de las élites en el mapa urbano se comprende mejor si se tiene en cuenta que los estratos más altos (el cinco y el seis) corresponden a menos de un cinco por ciento de la población y ocupan más del catorce por ciento del área residencial de la ciudad, y que la densidad de la población capitalina es de 3.912 hab/km². Sirva de comparación orientativa la densidad de población de 15.931 hab/km² de Barcelona (España), ciudad caracterizada por un uso comunitario intenso y diverso de sus calles y demás espacios públicos.

Las medidas para la prevención del delito implementadas en los últimos años por el gobierno de Bogotá —entre ellas, mayor presencia de la fuerza pública en las calles, inversión social, programas de rehabilitación, fortalecimiento de las instituciones locales, implicación activa de asociaciones de comerciantes, control de diversos factores de riesgo— han influido positivamente en la percepción de seguridad por parte de la ciudadanía, pero no hasta el punto de cambiar la dinámica del estilo arquitectónico tipo búnker de las élites y la relación de éstas con la calle. Por ejemplo, la ley reciente que obliga eliminar de las urbanizaciones los cerramientos que privatizan espacio público es poco acatada y, cuando lo es, se aplica abriendo sobre los muros tímidas puertas que espacial y psicológicamente siguen haciendo percibir dichas zonas como privadas, lo que, por tanto, desalienta a los no residentes a hacer uso de ellas. Bien puede decirse que en el norte de la ciudad el barrio ha desaparecido —aunque conceptualmente siga existiendo— a favor de una zonificación funcional basada en megamanzanas y estratos que ahonda la segmentación de la sociedad y resalta las desigualdades.

Otras soluciones a la seguridad

Si uno se desplaza a los estratos bajos del centro, la linealidad del espacio vuelve a ser la norma. A pesar de la pobreza visible, sorprende gratamente la variedad y la viveza. Comercios, talleres, viviendas, pequeñas industrias, tiendas de comestibles, etc., jalonan el recorrido. No obstante, al caer la noche, el viandante solitario, sobre todo si es mujer, siente cierta desazón. Como en los países árabes, la calle pasa a ser mayoritariamente de los hombres, cosa que responde a un condicionamiento psicológico fruto

de una historia de violencia no del todo superada y a un modelo cultural que privilegia la libertad y autonomía de los varones sobre las de las mujeres.

Por ejemplo, en el emblemático barrio de la Candelaria, que alcanzó uno de los índices de criminalidad más elevados en los años ochenta y principios de los noventa, esa historia negra resuena fresca en nuestros oídos, impidiéndonos un disfrute pleno de su rica oferta cultural y comercial. Pero pese a sus graves problemas de pobreza y hacinamiento, la Candelaria se ha convertido en un paradigma del espacio público conquistado. En él confluyen los elementos que dan vida a la ciudad: universidades, museos, bibliotecas, comercios, restaurantes para variados niveles adquisitivos, teatros, *rumbeaderos*, cafés, venta ambulante, etc. Uno incluso consigue olvidarse por completo de los males de la zona y de la ciudad entera contemplando en el museo del Banco de la República, en el corazón del barrio, la magnífica colección pictórica de Fernando Botero y otros renombrados artistas como Picasso, Bacon o Giacometti. En la obra de Botero es patente el diálogo que éste entabla con Leonardo, Velázquez, Goya y otros grandes pintores de todos los tiempos.

Hay otros lugares de Bogotá en los que espacialmente se le ha plantado cara al miedo. Tal es el caso de la biblioteca Virgilio Barco, del arquitecto Rogelio Salmona. Este bellísimo edificio, emplazado en el parque Simón Bolívar, establece una comunicación atemporal entre conceptos aparentemente dispares como el racionalismo de Le Corbusier y el simbolismo del jardín islámico. Sus grandes espacios abiertos están integrados de tal modo en el diseño, que uno tiene la sensación de estar contemplando, en vez de un paisaje real, cuadros de una exposición en un recinto mágico donde libertad y seguridad no son incompatibles.

De vuelta a la Bogotá elitista del norte, uno no puede evitar apenarse de que su bella arquitectura dialogue tanto con el miedo, la autocomplacencia y el consumo. Comulgo totalmente con Salmona: “Cuando los edificios se recorren sin obstáculos, la seguridad es la libertad. Vivir en un gueto no significa mayor seguridad: a usted le pueden violar adentro. Los conjuntos cerrados son lo peor que le ha pasado a Bogotá: son una falacia”.

Elsa Cajiao C.

*Artículo publicado originalmente en
.CO una versión personal, OjodePez, 2007
Elaborado en ocasión de la exposición CART(AJENA)*

